

Varoufakis, Judah, Urtasun, Ferrero, Kakarlitsky, Nikolaidis, Nadal

Ucrania: preguntas incómodas y respuestas inquietantes. Dossier

Este *Dossier* contiene los 7 siguientes textos: 1) Yanis Varoufakis: “Sobre Ucrania: tres preguntas incómodas a los liberales occidentales sobre el derecho de autodeterminación de la minorías nacionales y un comentario sobre el papel de la Unión Europea”; 2) Ben Judah: “Por qué Rusia ya no teme a Occidente”; 3) Ernest Urtasun y Àngel Ferrero: “Ucrania se desgarrar entre Occidente y Rusia”; 4) Boris Kagarlitsky “La ‘intervención con algodones’ y el levantamiento de Ucrania”; 5) Andrej Nikolaidis: “Ucranianos, os lo dice un bosnio: la bandera de la UE no es más que un trapo al viento”; 6) Alejandro Nadal: “Ucrania: entre mafias y expansionismo militar”. 7) Harold Meyerson: “Rusia no respeta fronteras. Los EE.UU., tampoco”.



1) Yanis Varoufakis: “Sobre Ucrania: tres preguntas incómodas a los liberales occidentales sobre el derecho de autodeterminación de la minorías nacionales y un comentario sobre el papel de la Unión Europea”

Acéptese –yo lo acepto– el principio de que las minorías nacionales dentro de Estados asimétricamente multiétnicos tienen el derecho de autodeterminación. Por ejemplo, la secesión de croatas y kosovares respecto de Yugoslavia, la de los escoceses dentro del Reino Unido, las de los georgianos dentro de la Unión Soviética, etc., etc. Surgen entonces tres preguntas incómodas para los liberales occidentales.

Primera cuestión incómoda: ¿Qué principio permite negar, una vez que Croacia, Kosovo, Escocia y Georgia lo han logrado, el derecho de los serbios de Krajina, de los serbios de Mitrovica, de los isleños de Shetland y de los abjacios a instituir, si así lo desean, sus propios Estados nacionales en

las zonas en las que constituyen una clara mayoría, y sumarse a la lista de los nuevos Estados nacionales independientes?

Segunda cuestión incómoda: ¿Qué principio permite a los liberales occidentales negar el derecho de Chechenia a la independencia respecto de Rusia al tiempo que defienden sin reservas el derecho de los georgianos o de los ucranianos a la autodeterminación?

Tercera cuestión incómoda: ¿Con qué principio se justifica que Occidente se allane totalmente a la demolición de Grozny —la capital de Chechenia—, por no hablar de las decenas de miles de civiles que allí resultaron muertos, pero responda con fiereza, amenace con sanciones globales y agite el fantasma de un gran conflicto reminiscente de la Guerra Fría a cuenta del (hasta ahora) incruento despliegue de tropas rusas (camufladas) en Crimea?

Planteo estas tres cuestiones, no porque ponga en duda la opinión de que el señor Putin es un déspota peligroso. No tengo la menor duda al respecto. Tengo a gala haberme hallado en minoría de uno en una reunión de mi Junta de Facultad en 2003 votando contra la concesión de un doctorado *honoris causa* al señor Putin: quité a la Universidad de Atenas la oportunidad de decir que se le había concedido por unanimidad, lo que me atrajo las iras de muchos colegas a los que el ministro griego de exteriores había “pedido” cortésmente honrar así al señor Putin durante su visita a Atenas.

Mis tres preguntas incómodas tienen dos propósitos. Recuerdan a los lectores la actitud de Occidente hacia las luchas y las tragedias de otros pueblos, carente de cualquier principio. Y explican, en parte, por qué ese comportamiento sin principios por parte de los pretendidos adalides de los principios democráticos termina no sólo con la degradación de esos mismos principios, sino también con el reforzamiento del poder y la influencia de los Putins del mundo.

Europa y Ucrania

Los ucranianos han librado arduas batallas contra las fuerzas de seguridad en la plaza principal de Kiev para protestar contra la decisión del antiguo presidente Yanukovich de echarse atrás de un acuerdo de asociación con la Unión Europea. ¿Por qué? ¿Acaso están ciegos los ucranianos, y no ven las incongruencias de la Unión Europea?

No; no están ciegos. Los ucranianos se enfrentan un tipo de problemas distintos de los problemas con que lidiamos los europeos. Por muchas y duras críticas que nosotros podamos —fundadamente— hacer a Bruselas, al BCE, etc., lo cierto es que los ucranianos tienen otras prioridades. Por ejemplo, la de librarse de unas fuerzas de seguridad que campan por sus respetos en punto a torturar y asesinar; o la de poder viajar libremente; o la de poder vivir en un país cuyos tribunales de justicia no estén completamente a merced de la misma mafia que impera en el aparato estatal. Para ellos, significa poco el hecho de que la democracia se halle en grave retroceso en la Eurozona, y apenas tiene importancia el que los principios de Europa tengan un aire más y más vanílocuo: a ojos de muchos ucranianos, la Unión Europea, por

acelerada que sea su caída en el abismo de la ilegitimidad democrática, sigue pareciendo el paraíso.

Dicho esto, la mayor tragedia de los ucranianos es que sus mejores esperanzas descansan sobre unas espaldas de alfeñique: ¡la Unión Europea!

“Política exterior europea”: basta pronunciar estas tres palabras juntas para desatar la hilaridad. No hay tal cosa, esa es la verdad. Hasta el eje franco-alemán se ha descompuesto en Libia, y nada digamos de la ambiciosa idea de una política exterior común para la Unión Europea que pudiera actuar como baluarte de socorro para Ucrania.

Mientras Libia, aun siendo de crucial importancia para la de los libios, tenía una relevancia mínima para la seguridad europea, Ucrania es crucial, y Europa debería actuar con superlativa diligencia. Lo que a mí más me inquieta es que la gravedad de la crisis ucraniana es inversamente proporcional a la competencia de Europa en materia de política exterior. Bruselas estará muy entusiasmada con la expansión de su “autoridad” hacia el Este, pero está entrando en territorio peligroso pésimamente equipada para lidiar con las consecuencias.

Los EEUU, el FMI, Alemania y Ucrania

Ucrania es –siempre lo fue— terreno de batalla entre el neofeudalismo industrial de Rusia, las ambiciones del Departamento de Estado norteamericano y las políticas neo-*Lebensraum* de Alemania. Varios “eurasiólogos” ven la crisis en Kiev como una gran oportunidad para promover un programa de plena confrontación con Rusia, un programa reminiscente de la estrategia antisoviética concebida en los 70 por Z. Brzezinski. Ven a Ucrania –importa tenerlo en cuenta— como una excusa excelente para torpedear el papel de los EEUU en la normalización de las relaciones con Irán y en la minimización de los costes humanos en Siria. Al propio tiempo, el FMI está impaciente por entrar allí, por la parte más vulnerable de Rusia, e imponer otro “programa-estructural-de-ajuste-y-estabilización”, lo que pondría bajo su tutela a toda esa zona de la antigua Unión Soviética. Alemania tiene su propia agenda, que apunta en dos direcciones a la vez: asegurar, como parte de su estrategia neo-*Lebensraum*, tantas zonas de la antigua Unión Soviética como sea posible para la expansión de su espacio de mercado e industrial hacia el Este; y al propio tiempo, preservar su privilegiado acceso a los suministros de gas de Gazprom.

En lo que hace a la Casa Blanca, es indudable que el presidente Obama y el secretario de Estado Kerry entienden perfectamente los límites del poder occidental y el riesgo de que un exceso de halconería en los acontecimientos de Ucrania pudiera desbaratar sus iniciativas en Siria y en Irán en un momento en que Irak está en plena desestabilización.

Epílogo: la Unión Europea debería dejar de inmiscuirse en los asuntos de Ucrania

En este contexto geopolítico, las ambiciones de Bruselas deberían cesar. La Comisión Europea está desnortada en lo que hace al desarrollo de los acontecimientos en Ucrania. Cuanto menos se entrometa, mejor para todos. En realidad, los *apparatchiki* de la UE se parecen a los últimos emperadores romanos, que sólo buscaban seguir expandiendo a tontas y a locas las fronteras imperiales, cuando el corazón mismo del Imperio se había convertido ya en un putrúlagu.

Yanis Varoufakis es un reconocido economista greco-australiano de reputación científica internacional. Es profesor de política económica en la Universidad de Atenas y consejero del programa económico del partido griego de la izquierda, Syriza. Actualmente enseña en los EEUU, en la Universidad de Texas. Su último libro, *El Minotauro Global*, para muchos críticos la mejor explicación teórico-económica de la evolución del capitalismo en las últimas 6 décadas, fue publicado en castellano por la editorial española Capitán Swing, a partir de la 2ª edición inglesa revisada. Una extensa y profunda reseña del *Minotauro*, en *SinPermiso* Nº 11, Verano-Otoño 2012.

Traducción para www.sinpermiso.info: Mínima Estrella

Fuente: www.varoufakis.eu, 9 marzo 2014

2) Ben Judah: “Por qué Rusia ya no teme a Occidente”

Occidente parpadea incrédulo: Vladimir Putin acaba de invadir Ucrania. Los diplomáticos alemanes, los eurócratas franceses y los expertos norteamericanos, todos están pasmados. ¿Por qué ha elegido Rusia jugarse a la ruleta sus billonarios lazos en dólares con Occidente?

Los dirigentes occidentales están estupefactos porque no han caído en la cuenta de que los propietarios de Rusia ya no respetan a los europeos como solían antaño tras la Guerra Fría. Rusia cree que Occidente ya no es una alianza de cruzados. Rusia cree que hoy en Occidente va todo de dinero.

Los secuaces de Putin saben esto por experiencia personal. Los gobernantes de Rusia han ido comprándose Europa durante años. Tienen mansiones y apartamentos de lujo del West End de Londres a la Costa Azul francesa. Sus hijos están seguros en internados británicos y escuelas de señoritas suizas. Y su dinero está a buen recaudo en bancos austriacos y paraísos fiscales británicos.

El círculo más cercano a Putin ya no le tiene miedo al *establishment* europeo. Antaño se los imaginaban a todos ellos en el MI6 [el Servicio de Inteligencia británico]. Ahora tienen más conocimientos. Han visto de primera mano qué serviles se vuelven los aristócratas y magnates empresariales occidentales cuando están en juego sus millones. Ahora los consideran hipócritas: son las mismas élites europeas que les ayudan a ocultar sus fortunas.

En otro tiempo los poderosos rusos escuchaban cuando las embajadas europeas emitían comunicados en los que denunciaban la barroca corrupción de las empresas estatales rusas. Pero ya no. Porque saben perfectamente que son los banqueros, hombres de negocios y

abogados europeos los que les hacen el trabajo sucio de colocarles los réditos de la corrupción en escondrijos que van de las Antillas Holandesas a las Islas Vírgenes británicas.

No estamos hablando de mucho dinero. Estamos hablando de muchísimo dinero. Nada menos que el Banco central de Putin ha estimado que de dos tercios de los 56.000 millones de dólares que salieron de Rusia se puede conectar su rastro con actividades ilegales. Delitos como sobornos, dinero procedente del narcotráfico o de la evasión fiscal. Este es el dinero al que los banqueros ingleses más finolis le extienden la alfombra roja en Londres.

Detrás de la corrupción europea, lo que ve Rusia ve es la debilidad norteamericana. El Kremlin no cree que los países europeos – con la excepción de Alemania – sean verdaderamente independientes de los Estados Unidos. Los ve como estados clientelares a los que Washington podría hoy obligar, como hizo antaño durante la Guerra Fría, a no hacer negocios con el Kremlin.

Cuando Rusia ve que España, Italia, Grecia y Portugal compiten unas con otras por hacer de mejor socio comercial de Rusia dentro de la UE (a cambio de no mencionar los derechos humanos), observan que el control norteamericano sobre Europa va disolviéndose lentamente.

En Moscú, Rusia nota la debilidad norteamericana en el Moscú de las embajadas. Tiempo ha, el Kremlin temía miedo que una aventura exterior pudiera desencadenar sanciones económicas como las de la Guerra Fría allí donde más le duele: con la prohibición de exportaciones de piezas vitales para su industria petrolífera, o quedarse incluso sin acceso al sector bancario occidental. Ahora ya no.

Rusia ve una Norteamérica distraída: la jugada ucraniana de Putin ha conmocionado al estamento de la política exterior norteamericana. Prefieren hablar de China o participar en conversaciones de paz entre israelíes y palestinos. Rusia ve a Norteamérica vulnerable: en Afganistán, en Siria y en Irán, a unos Estados Unidos que necesitan desesperadamente apoyo ruso para seguir enviando suministros, albergar cualquier conferencia de paz o aplicar sus sanciones.

Moscú no está nervioso. Las élites de Rusia se han retratado de manera abrumadora: todo lo que tienen por más querido se guarda hoy bajo siete llaves en propiedades y cuentas bancarias europeas. En teoría, esto los hace más vulnerables. Con una repentina avalancha de investigaciones sobre blanqueo de dinero y denegación de visados, la UE podría apartarles de sus riquezas. Pero han visto resistirse una y otra vez a los gobiernos europeos a cualquier cosa ni remotamente parecido a la Ley Magnitsky norteamericana, que prohíbe la entrada a los Estados Unidos a un puñado de funcionarios-delincuentes.

Todo esto le ha dado confianza a Putin, mucha confianza en que las élites europeas se preocupan más por hacer dinero que por enfrentársele. Las pruebas están a la vista. Después de que las fuerzas de ataque rusas llegaran a las afueras de Tiflis, la capital de Georgia, en

2008, hubo declaraciones y bravatas, pero ni un chirrido acerca de los miles de millones rusos. Después de que la oposición rusa acabara en el banquillo de las farsas judiciales, llegaron cartas de la Unión Europea mostrando su preocupación, pero tampoco se dijo esta vez ni palabra de los miles de millones de Rusia.

El Kremlin cree hoy conocer el secreto inconfesable de Europa. El Kremlin piensa que conoce el *establishment* europeo al dedillo. Los sombríos hombres que dirigen la Rusia de Putin se ven a sí mismos como políticos soviéticos de hoy. Todavía en los años 80 la URSS hablaba de marxismo internacional, pero ya no creía en ello. Hoy en día, piensa Rusia, Bruselas habla de derechos humanos, pero ya no cree en ellos. Europa es gestionada por una élite con la moralidad de un *hedge fund*: hacer dinero a toda costa y llevárselo a un paraíso fiscal.

Ben Judah, periodista y perspicaz experto en Rusia, es autor de *Fragile Empire: How Russia Fell In And Out Of Love With Vladimir Putin*. (Yale (University Press, 2013) y miembro del European Council on Foreign Relations. Corresponsal en Moscú de ISN Security Watch, de la International Relations and Security Network, con sede en Zurich, algunos de sus mejores artículos sobre Rusia pueden leerse en www.opendemocracy.net.

Traducción para www.sinpermiso.info: Antón Lucas

Fuente: www.politico.com, 2 de marzo de 2014

3) Ernest Urtasun y Àngel Ferrero: “Ucrania se desgarrar entre Occidente y Rusia”

Los acontecimientos de estas últimas semanas en Ucrania, con víctimas civiles, formación de milicias y movimientos militares en Crimea, muestran a un país más dividido que nunca.

Después de la desintegración de la URSS, Ucrania quedó en manos de la cleptocracia postsoviética. Los clanes de oligarcas enfrentados entre sí no sólo determinaron el rumbo de la economía, sino también de la vida política, y contribuyeron a la corrupción, la falta de inversiones, el estancamiento económico, la ausencia de libertades democráticas y el deterioro de las condiciones de vida de la población. La voluntad de la Unión Europea (UE) y Rusia de incorporar a Ucrania –una nación con una identidad nacional frágil y en construcción– a sus respectivas áreas de influencia con el fin de asegurar la hegemonía occidental (EEUU-UE) o recuperarla en la región (Rusia), condujo al país a finales del año pasado a una tensión que finalmente no ha sido capaz de soportar.

Tratemos de recapitular los acontecimientos: el rechazo del Gobierno ucraniano a la firma del Acuerdo de Asociación con la UE, del que apenas trascendió nada, fue el desencadenante de las protestas del llamado Euromaidan en la Plaza de la Independencia de Kiev. El rechazo al

régimen cleptocrático de Yanukóvich incendió la protesta. La represión posterior fue la que motivó las protestas que hoy conocemos simplemente como Maidán, con otros fines y otra composición social.

Las protestas tenían, desde luego, una base legítima que no puede desdeñarse. El temor, especialmente entre las clases medias urbanas, a la integración en la futura Unión Euroasiática (EUA) liderada por la Rusia autoritaria de Putin, que hubiera congelado en buena medida las relaciones sociales existentes y liquidado cualquier perspectiva de democratización del país, fue otro de los factores a tener en cuenta. La indecisión de la plutocracia, reacia a uno y otro proyecto de integración (los oligarcas ucranianos no pueden competir con los rusos y sus empresas son igualmente incapaces de competir con los consorcios alemanes), influyó en la actuación del Gobierno y contribuyó a la escalada de tensión.

Las aspiraciones de justicia social se vieron rápidamente enturbiadas por la entrada en juego de la injerencia extranjera, primero, y la infiltración de grupos de extrema derecha, después. Udar, el partido de Vitali Klitschkó (apoyado por la Fundación Konrad Adenauer de la CDU de Angela Merkel), y Patria, el partido de Timoshenko liderado por Arseni Yatseniuk, vieron en Svoboda, un partido neofascista, un ariete con el que derribar al Gobierno, empleando el elevado grado de organización y la experiencia de sus militantes en protestas violentas.

Que este guión podía no salir según el plan, lo demuestra una escisión por la derecha de Svoboda, la organización paramilitar Sector Derecha de Dmitro Yarosh, que considera a aquél "demasiado liberal" y preconiza la "revolución nacional" y la creación de Estados étnicos puros. Europa no puede cerrar los ojos antes la persecución a la que están siendo sometidas hoy las minorías y las comunidades judías por parte de paramilitares de extrema derecha que actúan con total impunidad. Pero, en lugar de condenarlas, los dirigentes europeos han legitimado a estas fuerzas. ¿Cómo juzgar la fotografía del ministro alemán de Exteriores, Frank-Walter Steinmeier, sentado en la misma mesa que Oleh Tiagnibok, el líder de Svoboda?

Fue justamente Steinmeier quien dijo a comienzos de año que Ucrania no era un "asunto geopolítico". Pero lo es, y mucho.

La UE ve en Ucrania un país de tránsito de gas y petróleo procedente de Rusia y el mar Caspio, grandes superficies de tierra cultivable y una enorme bolsa de mano de obra cualificada y barata. A ello se suma la sumisión de la política de vecindad de la UE hacia el Este a los intereses de la OTAN. No debemos olvidar que Ucrania es un capítulo más de la ampliación de la Alianza atlántica, iniciada tras la caída del Muro y después de que EEUU rompiera la promesa realizada a Gorbachov de que la OTAN no pisaría sus fronteras.

Pero esta es la política que se ha llevado precisamente a cabo. El escudo antimisiles instalado en Europa, del que Zapatero decidió hacer correponsable a España con la participación de Rota, está diseñado como parte de un plan de contención de Rusia, y así ha quedado demostrado tras las negociaciones en Ginebra, pues si la República Islámica de Irán no supone

ya una amenaza, ¿contra quién se dirige ese escudo? No es así como Europa construirá una vecindad hacia el Este que contribuya a la paz y a la seguridad internacional.

Ante la presión de la política del Gobierno ruso hacia la inmediata vecindad rusa para reconstruir el antiguo espacio de influencia soviético, el papel de la UE no es forzar a cualquier precio a que Ucrania salga de su órbita para integrarse en la europea. El papel de la UE debería haber sido el de apoyar un proceso democrático de unidad nacional para que el país mantuviera la cohesión y las urnas permitieran un gran acuerdo nacional sobre su futuro encaje. Una futura perspectiva de aproximación a la UE sólo puede ser decidida libremente por los ciudadanos ucranianos, no forzada y al precio de desestabilizar el país.

La vecindad europea hacia el Este no puede construirse a partir de los intereses geoestratégicos de la oligarquía alemana ni a partir de la construcción de un *Hinterland* de seguridad. Europa debe fomentar una vecindad pacífica, democrática y respetuosa con los derechos humanos, todo lo contrario a lo acontecido estos días en Kiev. El espacio geográfico entre la UE y Rusia no puede convertirse en un campo abierto al enfrentamiento. Los pueblos que lo habitan no lo merecen.

Europa debe ser proactiva en la defensa de la democracia y los derechos en el Este. A ello ayudaría, por ejemplo, una política de movilidad y de visados más favorable a los intercambios, otra política comercial que no vincule los acuerdos con la UE a los temibles planes de estabilización del FMI. Y, desde luego, apoyando a la sociedad civil democrática, no a cualquier organización política que convenga por el simple hecho de servir a los propios intereses.

El resultado final de toda la operación ha sido una mera rotación de élites: Yanukóvich por Yatseniuk. El Parlamento aprobó en cuestión de horas una batería de leyes, entre las cuales la eliminación de la cooficialidad del ruso, y llegó incluso a proponer la prohibición del Partido Comunista. La respuesta de Rusia –ilegal desde el punto de vista del derecho internacional, pues contraviene el memorando de Budapest (1994)– ha sido el despliegue de tropas en Crimea. La respuesta de Kiev ha sido acelerar el proceso de integración en la UE y la OTAN, echando más leña al fuego. La crisis de Ucrania se ha convertido en un pulso entre ambos.

Ucrania no puede convertirse en el campo de la victoria o de la derrota de Rusia o de Occidente. Hay que poner fin a las injerencias, exigir que se detenga la escalada de violencia y se evite, así, la posibilidad de una guerra y la confrontación fratricida. Ucrania tiene que ser una nación soberana. Corresponde a los ucranianos y a nadie más decidir su futuro, libres de presiones. De todas las organizaciones multilaterales, la OSCE parece a día de hoy la más indicada para garantizar la supervisión de un diálogo entre todas las partes implicadas que permita una salida democrática en la que sean los ciudadanos de Ucrania quienes decidan su propio futuro. En Ucrania termina Europa y empieza Rusia. El país lo tenía todo para convertirse en el terreno para el necesario reencuentro entre ambos mundos. Forzando su elección entre una u otra, sólo se la empuja al abismo.

Ernest Urtasun, amigo y colaborador habitual de *SinPermiso*, es candidato de ICV a las elecciones europeas. **Àngel Ferrero**, miembro del Comité de Redacción de *SinPermiso*, es periodista y traductor.

Fuente: www.eldiario.es, 8 marzo 2014

4) Boris Kagarlitsky “La intervención con algodones” y el levantamiento de Ucrania

¿Por qué no ha estallado la guerra aún entre Rusia y Ucrania? La respuesta es muy simple: nadie tiene previsto ir a la guerra, y nadie puede. Kiev, a efectos prácticos no tiene un ejército, mientras que el gobierno que ha aparecido en Kiev no tiene control sobre la mitad de Ucrania, y ni siquiera puede ejercer control sobre sus propios partidarios. Si las autoridades de Ucrania intentan de verdad movilizar sus fuerzas, ello puede provocar nuevas protestas. Han bastado rumores en este sentido para provocar manifestaciones contra el gobierno en Odessa.

Moscú, por su parte, hace ruido de sables, pero con mucha cautela. Si el Kremlin fuese realmente serio sobre el envío de tropas a Ucrania, no habría pedido permiso al Consejo de la Federación rusa, sino que, simplemente, habría dado la orden. En lugar de acción real lo que hemos visto es un ejercicio de relaciones públicas, con el "voto unánime de los senadores". La guerra ha estallado en el espacio virtual de Internet, respaldada por los comentarios histéricos de los liberales y los aullidos malévolos de propagandistas conservadores. En esencia, por el momento basta y sobra para cumplir las tareas a las que se enfrentan las autoridades rusas en la actualidad.

'Ni paz ni guerra "

El efecto psicológico ha sido casi como si estuviéramos librando una guerra seria en algún lugar cerca de Kharkov. Mientras tanto, no ha habido víctimas ni destrucción. A no ser el colapso del rublo. También en este caso, sin embargo, las cosas no han sido tan simples. Desde hace varios meses, el gobierno ruso y el Banco Central habían estado buscando una devaluación de la moneda nacional. Por lo menos desde septiembre, los analistas habían pronosticando un cambio de 37 rublos por dólar y 50 por euro. Los acontecimientos de Ucrania simplemente han acelerado este proceso, y han ayudado a las autoridades financieras a llevar a cabo su plan y evadir su responsabilidad por una devaluación que merma los ahorros de nuestros ciudadanos.

Cuando un cierto número de izquierdistas, repitiendo consignas centenarias, hablan de "una guerra desatada en intereses del gran capital", una vez más hacen las cosas mal. En lugar de repetir clichés de libros de texto antiguos, lo que se necesita es un poco de análisis económico. La verdad es que el gran capital, tanto privado como burocrático, no tiene ninguna necesidad en la actualidad de una guerra.

Los vicios humanos a menudo redundan en beneficio de la sociedad. Si nuestro gobierno y líderes militares estuvieran compuestas por gente inteligente, con principios y decididos, podríamos esperar desarrollos mucho más desagradables. La economía rusa depende en gran medida de la tubería de gas que pasa por Ucrania. Las economías de muchos países de la Unión Europea, por no hablar de Ucrania, también dependen de este oleoducto que funciona sin interrupción. Por supuesto, "nuestros" oligarcas deben defender las inversiones realizadas en las empresas ucranianas, pero una acción militar sería exacerbaría aun más los problemas en vez de resolverlos. El cinismo y la avaricia de nuestros gobernantes de hoy en día son la mejor garantía de que no habrá una gran guerra.

Las autoridades de Kiev se encuentran también satisfechas. Son capaces de emplear la "amenaza rusa" para consolidar su nuevo régimen, explicar las dificultades económicas como resultado de la presión externa, y en retrospectiva, justificar sus acciones que han provocado el derrumbe de Ucrania. La actual situación de "ni paz ni guerra", por lo tanto, conviene a ambos gobiernos a la perfección, al menos por el momento. La única causa importante de inquietud es el objetivo de Moscú de preservar al fugitivo Viktor Yanukovich como "presidente legítimo", mientras se alude a la posibilidad de restaurarlo en el trono de Kiev.

Pero no debe ser tomado demasiado en serio, y como se dijo anteriormente, la gente del Kremlin son cínicos, no tomarán ningún medida seria a favor del fugitivo de Ucrania, y si lo hacen, no será por mucho tiempo. Por supuesto, es muy conveniente para las autoridades del Kremlin tener un "presidente legítimo" a mano, pero si la oportunidad no se presenta, el ex gobernante legítimo será transformado en espacio de cinco minutos en un extranjero indeseable.

Crimea

En Crimea, las fuerzas rusas se han limitado a una "intervención cortés". Por supuesto, se trata de una violación de la soberanía ucraniana, pero seamos honestos: en una situación análoga los franceses, los estadounidenses y los británicos habrían hecho lo mismo. Cuando los franceses se abstuvieron de intervenir en Ruanda y permitieron un baño de sangre, la opinión progresista los condenó airadamente por su inercia. Cuando el mismo Estado francés intervino en Malí y evitó una guerra civil a gran escala, la misma opinión progresista denunció airadamente la intervención. Una situación análoga se da en Crimea. Ambas decisiones posibles se asocian con la perspectiva de pérdidas políticas y morales graves, con el riesgo de ser criticados nacional e internacional. En Moscú se estaba a favor de una intervención local, pero se hizo un esfuerzo para llevarlo a cabo con la mayor precaución posible.

Hasta el momento, las fuerzas rusas han actuado de una manera mucho más moderada que los franceses y los estadounidenses en situaciones similares. Tal vez no sea gracias al gobierno, sino a pesar de él. En ambas partes, puede ser simplemente que el buen sentido de

los rangos inferiores se haya impuesto en unas condiciones en las que la jerarquía de mando se ha debilitado.

Las fuerzas especiales rusas no han irrumpido en las bases de las tropas ucranianas, pero desfilan alrededor de ellas y se pelean a medias con los comandantes ucranianos tratando de convencer a estos últimos para que entreguen sus armas. Los ucranianos se niegan, apelando no al juramento que han hecho y la lealtad a su patria, sino a que las armas son propiedad del Estado, por la que los comandantes de las bases son responsables de las mismas. Los rusos responden a estos argumentos con el entendimiento; si estuvieran en el lugar de sus colegas ucranianos, harían lo mismo.

Es una nueva forma de guerra, sin disparos ni víctimas. Nadie quiere empezar a disparar, y nadie se preocupa sobre todo de lo que sucede con los obsoletos vehículos blindados o las armas de fuego almacenadas en los cuarteles. En cualquier caso, ninguna de las partes está dispuesta a arriesgar su vida y ello es motivo de esperanza.

'No merece la pena dividir el vellocino'

Las élites rusas tienen un miedo mortal a enojar en serio a Occidente, pero en Occidente también la gente se ha dado cuenta que no van a alcanzar sus objetivos en Ucrania sin la ayuda rusa. La Unión Europea no necesita una zona de caos en su frontera oriental, una nueva Somalia o Congo en su misma puerta. Tampoco es posible que la UE envíe sus propias tropas o policía al territorio de Ucrania, como en Bosnia o Kosovo, o en todo caso sin el consentimiento de Rusia.

La prensa de EE.UU. critica a Moscú con fiereza, pero indica claramente que los EE.UU. no va a ayudar a Kiev, ya que no existen tratados pertinentes y Ucrania no es miembro de la OTAN. Mientras tanto, el Fondo Monetario Internacional ya ha negado el dinero a Kiev, en forma especialmente contundente. La directora del FMI, Christine Lagarde ha declarado que Ucrania no necesita ayuda financiera inmediata: "No vemos nada crítico que implique una situación de pánico por el momento. Esperamos que nadie se precipite con grandes sumas de dinero, que en realidad sería inútil si estas contribuciones no se evalúan de la manera apropiada".

En Bruselas y Washington, evidentemente, se ha tomado ya decisión de que no merece la pena dividir el vellocino, como decimos los rusos, porque dadas las inciertas perspectivas el riesgo es demasiado grande. Si alguien tiene que asumir los costes morales, materiales y financieros de restablecer el orden, que sea a los rusos.

En principio, la estrategia de limitar el conflicto a Crimea es conveniente tanto al Kremlin como a Occidente - y tal vez incluso a las nuevas autoridades de Kiev. En los últimos días la prensa alemana ha instado a Ucrania a sacrificar Crimea en aras de la integración en Europa. El problema, sin embargo, es que el proceso se está desarrollando de forma espontánea, y que ya no es controlado por unos pocos políticos. Tanto en Moscú como en Kiev los gobiernos han

demostrado claramente que son incapaces de elaborar una estrategia a largo plazo. Por tanto, es evidente que la crisis se agudizará y profundizará, pero no de acuerdo con el escenario adelantado por aquellos que están aterrorizando a unos y a otros con el espectro de una guerra ruso-ucraniana.

Es más que probable que las actuales autoridades de Kiev no conserven mucho tiempo el poder en cualquier caso. Los comentaristas en Moscú que simpatizan con ellos nos recuerdan constantemente que la mayoría de los ministerios en el nuevo gobierno no están en manos de los radicales de Svoboda o la extrema derecha, sino de políticos más moderados. Mientras tanto, los comentaristas no mencionan que estos "moderados" son rehenes de los radicales. Como dijo Mao, el poder proviene del cañón del fusil. En las actuales circunstancias en que el ejército se cae a pedazos, y los aparatos represivos o bien han sido destrozados, o están desmoralizados, o han sido colocados bajo el control del Bloque de Derechas, son los nacionalistas radicales los que controlan la situación. Los "moderados" en el gobierno sólo son tolerados porque se han comprometido a frenar la separación de las provincias orientales. Como no son capaces de hacer frente a esta tarea, serán purgados. O Ucrania Occidental actuará contra Kiev, buscando la formación de un gobierno "nacional" más decidido y como "respuesta a la agresión rusa", o el mismo impulso vendrá de dentro de la propia capital. En cualquier caso, la presión de la derecha dará lugar a un gobierno de ese tipo, provocando que la propia Kiev se levante en rebelión.

En el Este, por su parte, la desintegración del Partido de las Regiones y el colapso de la antigua administración no han dado lugar a la "marcha triunfal" del movimiento Maidan, sino, por el contrario, a la creciente resistencia a las nuevas autoridades que dominan en Kiev. Entre los izquierdistas, la profunda crisis económica está sembrando la esperanza de que las manifestaciones con "consignas nacionales" pronto den paso a protestas con contenido de clase, tanto en el Este como el Oeste. Este tipo de evoluciones, sin embargo, no se producen automáticamente.

Ni Maidan ni las manifestaciones en el Este han tenido el carácter de una revolución popular espontánea. En ambos casos, fuerzas externas han estado involucradas. La naturaleza de clase del nuevo régimen en Kiev se demostró con claridad sorprendente cuando oligarcas multimillonarios fueron nombrados para puestos clave en las regiones orientales. A cambio de la "estabilización", se les ofreció la oportunidad de privatizar no sólo la economía de las provincias orientales, sino también las funciones del poder. Mientras tanto, hay que señalar que las personas que están llegando al poder en el Este no son tampoco los hijos e hijas de las masas populares precisamente.

El único motivo para el optimismo es el hecho de que, desde el principio, el vector ideológico de las protestas en el Este ha sido diferente de la del Oeste. Los activistas de izquierda fueron expulsados de Maidan en Kiev y golpeados (por no hablar de lo que pasó con los símbolos y monumentos de izquierda). En Kharkov y Odessa, por el contrario, los monumentos soviéticos

fueron defendidos, y aquí y allá incluso hubo gente que levantaron banderas rojas. Pero no hay que hacerse ilusiones: de lo que se trata por el momento es de diferencias culturales en lugar de intereses de clase. Los militantes de izquierda tienen que trabajar en el movimiento de protesta en las regiones orientales, fortalecer su influencia y ayudar a dar forma a un programa positivo. En este caso, hay una posibilidad real de que todo el movimiento pueda desplazarse a posiciones más progresistas, y que la izquierda pueda ganar la hegemonía en su seno. No es más que una posibilidad, pero con el movimiento Maidan no existía tal posibilidad.

El conflicto que se desarrolla en Ucrania no es entre el bien puro y el mal sin ambigüedades. Ni siquiera es una contienda entre un sur y este "rusos" y un oeste "ucraniano". En ambos casos, los intereses económicos se entrelazan con las contradicciones culturales y la lógica del conflicto está dando lugar a la formación de alianzas que no siempre corresponden a las ideologías declaradas. Lo que está ocurriendo no es tanto una división dentro del país como su fragmentación.

La guerra mundial de la que escriben con tal anticipación los patrioteros y liberales rusófobos no tendrá lugar. Tampoco habrá una guerra entre Rusia y Ucrania. Ni siquiera será probablemente una guerra civil, en la forma en la que nos imaginamos. Pero habrá algo que podría ser peor que una guerra civil: el caos, lleno de violencia arbitraria y sin sentido por parte de todos contra todos. Si esto ocurre, será el peor de los escenarios posibles. Al igual que en Somalia o el Congo.

La única salida positiva de esta crisis sería una federalización del Estado ucraniano combinada con una democratización a nivel local (en caso contrario, la federalización simplemente llevaría al reparto del país entre los grupos oligárquicos). Pero este también es el programa de la revolución democrática, que bajo ciertas condiciones podría trascender en revolución social.

Sobre todo si comienza a haber cambios también en la propia Rusia.

Pero incluso si no se produce en un futuro próximo, debemos esperar que en Ucrania comiencen a madurar fuerzas capaces de resistir la lógica de la desintegración.

Boris Kagarlitsky fue diputado del soviét de la ciudad de Moscú entre 1990 y 1993 y actualmente es director del Instituto de Globalización y Movimientos Sociales (IGSO) en Moscú.

Traducción para www.sinpermiso.info: Enrique García

Fuente: <http://links.org.au/node/3752>, 7 marzo 2014

5) Andrej Nikolaidis: “Ucranianos, os lo dice un bosnio: la bandera de la UE no es más que un trapo al viento”

Jorge Luis Borges dijo una vez que un verdadero caballero sólo se interesa por causas perdidas. Si andan buscando una causa perdida decente de ahora mismo, la van a encontrar con seguridad en Ucrania, puesto que si se llega a la guerra, no importa quién gane, la mayoría de la gente común estará entre los perdedores.

Nosotros, los ciudadanos de Bosnia, podemos contaros una o dos cosas sobre lo que significa ser pobres. Fue en abril de 1992, al inicio del asedio de Sarajevo. Era yo un adolescente de pelo largo, vestido de vaqueros y camiseta con el famoso lema en blanco y negro “Unknown Pleasures”. Desde la ventana de mi apartamento del extrarradio contemplaba los cañones del Ejército Popular Yugoslavo, ubicados en el campamento militar de Lukavica, que lanzaban sus proyectiles sobre Sarajevo. Ese ejército estaba controlado por Slobodan Milošević, presidente de Serbia.

La Radio Nacional retransmitía el debate del presidente bosnio, Alija Izetbegovic, con Milutin Kukanjac, general del ejército yugoslavo. Izetbegovic pedía al ejército que detuviera el bombardeo. Kukanjac afirmaba que no se había disparado un solo tiro desde su posición. Recuerdo como si fuera ayer que mi vaso de leche saltaba sobre la mesa al ritmo de los cañonazos "no disparados" sobre Sarajevo.

Cuando la gente común se encuentra en medio de una tormenta geopolítica – como les sucede hoy a los ciudadanos de Ucrania, o a mi familia de Bosnia en aquel entonces – el dilema de "¿está este vaso medio vacío o medio lleno?" es irrelevante: pronto estará roto.

La gente de Bosnia estaba tan llena de optimismo durante los primeros días, meses incluso, de la guerra. Los vecinos iban diciendo que Occidente nunca permitiría que sucediera, porque “somos Europa”. Mi tía se fue a Belgrado, pero se negó a sacar el dinero de su cuenta del banco de Sarajevo. Todo habrá terminado en una semana; estaremos de vuelta enseguida, dijo. El presidente Izetbegovic, en su alocución televisiva al pueblo, declaró: "Dormid tranquilos: no habrá guerra".

Pues bien, nos despertamos después de una pesadilla de cuatro años.

Hoy, los acontecimientos de Ucrania se nos antojan a los bosnios como un aterrador deja vu. Los paralelismos entre la Ucrania de hoy y la Bosnia de 1992 son evidentes. El ejército ruso ha actuado de modo agresivo hacia Ucrania, como hizo el ejército de Milošević's en Bosnia. Putin cuenta con un fuerte apoyo en algunas partes de Ucrania, como lo tenía Milošević en amplias zonas de Bosnia-Herzegovina. Kiev cuenta hoy con el apoyo de la UE y los EE.UU., como lo tenía Sarajevo. Tuvimos hasta a Bono y a Pavarotti cantando a Miss Sarajevo. Pero todos los telegramas musicales de apoyo del mundo libre no impidieron la limpieza étnica de Bosnia oriental, junto a la frontera serbia.

Por detrás del sangriento telón de Bosnia y las demás guerras balcánicas tuvo lugar la transición de la versión yugoslava del socialismo al capitalismo, gestionada por la troika de la UE. Tras el ballet de masas en las plazas de Kiev y las maniobras del ejército ruso, hay una clara lógica económica. Bruselas le pidió a Kiev que firmara un acuerdo de libre comercio con la UE. Se trataba de un buen acuerdo para la UE, pero estaba claro que no para Ucrania. Luego Moscú se ofreció a echarle una mano a Ucrania, con todas las condiciones del mundo: 9.000 millones de libras esterlinas de ayuda, una reducción de un 30% en los precios del gas y acuerdos comerciales de envergadura para la industria ucraniana. Entonces Viktor Yanukovich declinó la oferta europea. Y surgió el movimiento del Euro-Maidán...

Tal como advierte el economista Michael Robeerts, "la gente de Ucrania se enfrenta a la alternativa del diablo: u os quedáis con la Rusia del capitalismo de amigotes regido por la KGB o con los 'demócratas' pro-europeos igualmente corruptos".

Roberts predice que la deuda externa de Ucrania está a punto de doblarse, "al aceptar deuda nueva del FMI y con los saltos del coste del dólar y la eurodeuda existentes mientras la hryvnia se devalúa". Apenas si nos sorprende en la antigua Yugoslavia. Al comienzo de su disolución, la deuda externa yugoslava se cifraba en 9.500 millones de libras esterlinas; hoy, después de toda la "ayuda" otorgada por la troika, es de más de 107.000 millones de libras.

En su lucha por superar la ocupación rusa y sobrevivir a los caballos de Troya de las instituciones del capitalismo global, hay que albergar la esperanza de que la gente de Ucrania haya aprendido una cosa de la guerra de Bosnia: que no aterrizará ningún deus ex machina de Occidente para resolver la situación y conducirles a la tierra prometida de la UE.

Bosnia es hoy un país pobre y dividido, más todavía de lo que lo era en 1992. Los antiguos soldados, hambrientos y enfermos, se juntan y protestan. "Mientras nos desangrábamos, ellos robaban", dice uno. En otro tiempo estuvieron dispuestos a morir por su país y su brillante futuro. Algunos bosnios contemplaban su futuro bajo las banderas de Bosnia y de la UE, otros bajo las banderas de Croacia y de la UE, y otros más bajo la bandera de la Gran Serbia. Montones de banderas, pero una sola pobreza para todos. .

Ya lo saben: la bandera no es más que un trapo al viento. Y sí, los únicos caballeros de verdad son siempre los perdedores.

Andrej Nikolaidis (1974), escritor y periodista bosnio, nació y creció en Sarajevo en una familia de origen greco-montenegrino. En 1992, al iniciarse la guerra en Bosnia, se mudó a Ulcinj, en Montenegro, donde reside todavía. Activista contra la guerra y por los derechos humanos, destacó desde los años 90 como articulista en publicaciones montenegrinas, como el diario *Vijesti* y el semanario *Monitor*, y bosnias, como el semanario *Slobodna Bosna*. También fue célebre su controversia como Emir Kusturica a quien acusó de "ayudante del verdugo" y cómplice de hacerle el juego a Milosevic. Como escritor de ficción, su primera novela *Mimesis*, tuvo gran repercusión en buena parte de la antigua Yugoslavia. Desde 2009 es asesor de Ranko Krivokapic, presidente del parlamento de Montenegro.

Traducción para www.sinpermiso.info: Lucas Antón

Fuente: The Guardian, 3 de marzo de 2014

6) Alejandro Nadal: “Ucrania: entre mafias y expansionismo militar”

La crisis en Ucrania puede desembocar en una lucha armada de terribles consecuencias. Aun si no estalla una guerra, el conflicto en Ucrania y Crimea marcará las relaciones internacionales y las percepciones europeas, estadounidenses y rusas durante los próximos lustros de manera decisiva.

Las raíces de esta crisis constituyen una madeja compleja y por eso hay que desconfiar de las narrativas simplificadoras (provenientes de Moscú o Washington). Entre las causas que llevan al conflicto actual se encuentra la expansión del militarismo estadounidense que nunca abandonó sus obsesiones de la guerra fría. También se encuentra la voracidad del capital financiero que busca consolidar el neoliberalismo en Ucrania.

Las mafias en el poder en Rusia y en Kiev son el complemento perfecto para detonar el conflicto. Para el pueblo ucranio las opciones han sido permanecer bajo el dominio de mafias que simpatizan con Moscú, o entregarse a mafias inclinadas al acercamiento con la Unión Europea y Washington. El telón de fondo de este coctel explosivo es la larga historia de nacionalismos y movimientos separatistas.

Sin duda para muchos lectores hablar de expansión del militarismo estadounidense suena exagerado. Pero hay que considerar los siguientes elementos. En 1949 se creó la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Su misión era clara: contrarrestar las fuerzas que la Unión Soviética tenía estacionadas en su territorio y en los países de Europa del este. La URSS replicó creando su propio bloque, con el Tratado de Varsovia.

La OTAN parecía haber perdido su razón de ser al derrumbarse la URSS. Los arsenales nucleares de Estados Unidos y Rusia fueron objeto de varios tratados de reducción de armas estratégicas y en términos generales se generó una atmósfera de cierta distensión. Pero las corrientes más conservadoras en Estados Unidos no resistieron la tentación de aprovechar el momento para buscar la expansión de la OTAN y desplazar la línea divisoria de la antigua guerra fría hasta la frontera con Rusia.

La OTAN no sólo no desapareció, sino que cultivó sus ambiciones estratégicas en lo que había sido el espacio soviético durante la guerra fría. Esa expansión se inició con Clinton y prosiguió con Bush. Para algunos analistas esto se acompaña de los sueños del Pentágono de ver un día a la flota estadounidense fondear en Sebastopol y Balaclava, los principales puertos de Crimea. Pero lo que es sueño para el Pentágono es una pesadilla para el nacionalismo ruso.

En 1999 Polonia, Hungría y la República checa ingresaron a la OTAN, en medio de un feroz debate y la oposición de Rusia. En 2004 tocó el turno a las repúblicas bálticas (Estonia, Letonia y Lituania), además de Eslovenia, Bulgaria y Rumania. Muy pocos analistas se detuvieron a pensar cómo interpretaría Rusia este proceso.

George F. Kennan, probablemente el más agudo y más experimentado artífice de la política exterior estadounidense, advirtió en 1997 que la expansión de la OTAN constituía el error más grave y ominoso de Estados Unidos en la historia de la posguerra. Para Kennan este acto inflamaría el militarismo ruso, ahogaría la democracia y, en general, porque impulsaría a la política exterior rusa hacia objetivos que no serían de nuestro agrado.

Nadie lo escuchó, y en 2008 George W. Bush propuso planes para que Georgia y Ucrania se convirtieran en miembros de la OTAN. Por eso el comunicado del encuentro de la OTAN en abril de ese año señala que Georgia y Ucrania serán miembros de la OTAN, aunque sin especificar la fecha. El conflicto entre Rusia y Georgia de 2008 alertó a los europeos sobre el riesgo de seguir por esta vía y eso frenó los planes de otorgar a Ucrania un plan de membresía, el primer paso para acceder a la OTAN. La lectura rusa de todo este proceso fue inmediata: Washington y sus aliados no habían abandonado sus prioridades de la guerra fría y su estrategia seguía siendo rodear Rusia por todos sus flancos.

Después del colapso de la URSS, Ucrania se convirtió en el tercer estado en cantidad de armas nucleares (después de Estados Unidos y Rusia). Pero en 1996 todo su armamento nuclear había sido entregado a Rusia y Ucrania se convirtió en un estado libre de armas nucleares. A pesar de que el ejército ucranio no podría detener una ofensiva rusa, tampoco estamos en presencia de una fuerza despreciable y cualquier conflicto armado tendría consecuencias desastrosas. La economía mundial, y en especial la europea, no están para afrontar el castigo de un espectacular repunte del precio de petróleo, desplome de los mercados de valores y volatilidad sin paralelo en las principales divisas.

Para lograr una mayor integración económica con Ucrania, la Unión Europea buscó negociar un pacto que daría a Kiev un estatus privilegiado en lo comercial y financiero. Bruselas ofreció además un trato especial en materia de visas y otros incentivos, pero sin otorgar la membresía. El verdadero objetivo de la UE es reducir la influencia rusa, en especial después de la iniciativa de Putin en Siria (que enfrió los planes más intervencionistas de Estados Unidos) y el otorgamiento de asilo a Snowden (hecho que Washington no perdona).

El paquete ofrecido por la UE incluía las típicas medidas de austeridad que pusieron de rodillas a Grecia y tanto daño han causado en Europa. Pero lo más importante es que el tratado con la UE incluía cláusulas de contenido militar que obligarían a Ucrania a seguir lineamientos estratégicos de la OTAN. Para Moscú esto era el colmo y por ello intensificó la presión sobre el corrupto presidente ucranio Yanukovich. El 9 de noviembre pasado Putin se reunió en secreto con su homólogo ucranio para firmar un tratado alternativo entre Kiev y Moscú. En la recta final, además de acceso al mercado ruso Putin ofreció condonar parte importante de la deuda ucraniana y varios miles de millones de euros en créditos.

El anuncio generó una oleada de protestas que terminó por derrocar a Yanukovich. Moscú sintió que perdía la oportunidad de frenar las pretensiones de expansión de los estadounidenses y europeos. La intervención en Crimea es una respuesta, arbitraria, peligrosa

y rebosante de ilegalidad. Desgraciadamente ninguna de las potencias que hoy pretenden dar lecciones de civilidad a Moscú tiene las manos limpias. La hipocresía de Washington es grande, pero no alcanza a ocultar su desprecio por el derecho internacional. Los ejemplos de la invasión de Irak y Afganistán (antes de que el Consejo de Seguridad autorizara una intervención) todavía están frescos en la memoria.

Queda poco tiempo para desactivar la crisis. Si no se aprovecha se tomará el sendero que conduce al conflicto armado. Moscú podría retirar sus tropas de Crimea a cambio de regresar al status quo ex ante (leyes de extranjería y del idioma ruso). Pero el tono belicoso y la amenaza de sanciones provenientes de Washington y Bruselas no van a calmar los ánimos.

Alejandro Nadal es miembro del Consejo Editorial de *SinPermiso*.

Fuente: La Jornada, 5 de marzo 2014

7) Harold Meyerson: “Rusia no respeta fronteras. Los EE.UU., tampoco”

A la luz de los movimientos militares de Rusia en Crimea, es buena cosa que los Estados Unidos repudiaran la Doctrina Monroe. En 1823, para disuadir a las potencias europeas de intervenir militar o políticamente en las naciones emergentes de América Latina, el presidente James Monroe anunció una política que entrañaba que la región se convirtiera en nuestra esfera de influencia, no la de Europa. Los EE.UU. invocaron la Doctrina Monroe, además de los imperativos de la Guerra Fría, para justificar varias de sus intervenciones en ella: en Cuba, Panamá, Nicaragua, Chile, Granada, la República Dominicana, Venezuela...la lista es larga.

Pero como ha tratado de apuntarle la administración Obama a Vladimir Putin, estamos en el siglo XXI, y la era en la que las naciones tenían esferas de interés ya se ha terminado.

Sin embargo, para los Estados Unidos, la Doctrina Monroe no es exactamente una reliquia mohosa. De hecho, el gobierno norteamericano no la declaró extinta hasta el pasado noviembre, cuando el secretario de Estado, John Kerry, en una alocución a la Organización de Estados Americanos (OEA), proclamó: “La era de la Doctrina Monroe ha terminado”.

Desde su proclamación hasta su renuncia, esa era duró 190 años.

Digo todo esto para poner en perspectiva los movimientos de Rusia en Crimea. Esto no significa sugerir que el gobierno norteamericano tenga que descartar las sanciones a Rusia por enviar fuerzas o no proporcionar ayuda ni apoyar su petición de ingreso en Europa. Más bien, estoy sugiriendo que, de acuerdo con las normas a las que se adhieren las principales potencias, incluyendo muy mucho a los EE. UU., los movimientos de Rusia en Crimea no deberían suponer gran sorpresa. El casus belli de Putin bien puede ser en buena medida de fabricación propia, pero también lo fue el de George W. Bush para ir a la guerra contra Irak. Los halcones norteamericanos que viven en su propio mundo — los políticos y expertos que tocaron los tambores de la intervención en Irak y ahora critican al presidente Obama por ser

insuficientemente belicoso en Ucrania — tienen que explicar por qué la doctrina infinitamente interesada de la “guerra preventiva”, que utilizaron para justificar nuestra aventura de Irak, debería reservársenos sólo a nosotros. Las instalaciones militares rusas en Ucrania, ha dicho Putin, se vieron amenazadas por revolucionarios ucranianos. Cuando el poder necesita una amenaza para justificar su ejercicio, el poder encuentra invariablemente una.

Por ende, de acuerdo con los baremos de la Doctrina Monroe, los movimientos de Rusia en Crimea parecen normales. Además de la amenaza a su base naval, Rusia ha citado ofensas a sus casi paisanos: en sus primera horas en el poder, el nuevo parlamento ucraniano aprobó una legislación que prohibía el uso del ruso en las instituciones del Estado, aunque se trata de la lengua de muchos ucranianos orientales. Rusia podría afirmar también que respondía a amenazas geostratégicas: a lo largo de las últimas décadas, incluso durante el achispado y prooccidental reinado de Boris Yeltsin, la OTAN se expandió hasta las fronteras de Rusia, un movimiento que provocó más inseguridad en Rusia que seguridades en Europa Oriental (no se puede describir exactamente a la OTAN como una eficaz coalición de bien dispuestos: con o sin la OTAN, hubo que arrastrar a Europa gritando y pataleando para que suministrara alguna de las fuerzas que impidieron que Sebia devorase a sus vecinos). Rusia podría incluso argüir de manera plausible que Crimea — albergue durante mucho tiempo de la flota rusa del Mar Negro y de las dachas de vacaciones de muchos moscovitas— fue anexionada a Ucrania en 1954 sólo por un antojo de Nikita Jruschov en 1954 y que es realmente más rusa que ucraniana.

Aunque la mayoría de los habitantes de Crimea acabe apoyando la intervención de Rusia, la actuación de Putin viola las normas por las que deberían regirse las naciones: — respeto de la soberanía, estabilidad y prevención del caos— aun cuando muchos países, incluyendo a los Estados Unidos, honren esas normas bastante más en teoría que en la práctica. Por eso es por lo que Rusia debería pagar su precio en sanciones económicas y diplomáticas.

Pero los norteamericanos deberían darse cuenta de que también pagamos un precio cuando violamos estas normas. La admiración que muchos nos tenían se vio gravemenmte dañada por la guerra de Irak, del mismo modo que quedó dañada durante largo tiempo en América Latina a causa de las intervenciones norteamericanas en los asuntos de países que pretendíamos quedaban en nuestra esfera de influencia.

Igual que hemos pagado nosotros un precio, lo pagará ahora Putin. Su Unión Eurasiática o bien nacerá muerta o se mantendrá unida a punta de pistola, un raquíto y abatido miniimperioflanqueado por una Europa más democrática a un lado y una China más dinámica al otro. La reivindicación rusa ante el mundo durará solo en la medida en que continúen sus exportaciones de gas natural. Así como la Doctrina Monroe le ganó pocos amigos a los Estados Unidos, la versión de Putin le ganará a él aun menos.

Harold Meyerson es un veterano y reconocido periodista estadounidense, director ejecutivo de la revista *The American Prospect* y columnista de *The Washington Post*.

Traducción para www.sinpermiso.info : Lucas Antón

Fuente: The Washington Post, 6 de marzo de 2014

sinpermiso electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores.